



TÚ,
NADA' MÁ'S

ANA COELLO

*No contó con que su mundo de sombras
iluminaría el suyo...*

Nova Casa Editorial

Ana coello

**Tú,
nada más**

Nova Casa Editorial

Publicado por:

Nova Casa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2015, Ana Coello

© 2017, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Maite Molina

Imagen cubierta

© Fotolia / picsfive

Portada

Vasco Lopes

Maquetación

Daniela Alcalá

Revisión

Mario Morenza

ISBN: 978-84-16942-40-4

Cualquier forma de reproducción,
distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra solo
puede ser realizada con la autorización
de sus titulares, salvo excepción
prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita fotocopiar o escanear algún
fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Índice

[Tú, nada más](#)

[Índice](#)

[Sinopsis](#)

[Sin remordimientos](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[Entorno negro](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[Condiciones](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[Juego extraño](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[No es una cita](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[Nada más](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[Vivir el momento](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[Trampa agria](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[Respuestas](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[Mejor que eso; nada](#)

[CAPÍTULO 10](#)

Horas vacías

CAPÍTULO 11

Caos emocional

CAPÍTULO 12

Corazón roto

CAPÍTULO 13

Asunto resuelto

CAPÍTULO 14

Fin del juego

CAPÍTULO 15

Aprendiendo

CAPÍTULO 16

Su razón

CAPÍTULO 17

Tanta maldad

CAPÍTULO 18

Aparentemente frágil

CAPÍTULO 19

Lo que sí era

CAPÍTULO 20

Espacio oscuro

CAPÍTULO 21

Tú, nada más

CAPÍTULO 22

Su fin

CAPÍTULO 23

Monstruo

CAPÍTULO 24

Luz extinta

CAPÍTULO 25

Libre como el pensamiento

CAPÍTULO 26

Así lo quiero, así lo quiere

CAPÍTULO 27

Eres todo

CAPÍTULO 28

Un motivo

CAPÍTULO 29

Rabia

CAPÍTULO 30

MUNDO DE SOMBRAS

CAPÍTULO 31

Aturdido

CAPÍTULO 32

Colisión

CAPÍTULO 33

Inevitable

CAPÍTULO 34

La luz

CAPÍTULO 35

Luminiscencia

EPÍLOGO

Ana Coello

Sinopsis

Marcel; indiferencia.

Anel; fragilidad.

Sin saberlo viven escondidos en sus propias sombras, en sus mundos sin luz, en la soledad. Pero de pronto algo cambiará y después de defender a esa chiquilla flacucha en aquel salón de la universidad, se encuentra atraído por su tranquilidad, tentado por su ingenuidad, y es por eso que la arrastra a un juego en el que desear es la parte medular, en el que sin notarlo, todo se transformará.

¿Será sencillo continuar esa gélida realidad a pesar de que como estrellas en la noche iluminan su oscuridad?

¿El deseo que su sola cercanía despierta, no exigirá más?
¿La posesividad es parte de la necesidad? ¿Por qué a su lado, todo parece mejorar?

A mi hija, un ser lleno de luz...

En lo desconocido está el misterio, en el misterio la intriga de seguir, y en ello, un mecanismo de protección que se verá afectado por esas ganas de continuar, por la necesidad de volver a sentir que la vida aún tiene algo que dar.

Sin remordimientos

CAPÍTULO 1

—¡Puf! Creí que este jodido semestre jamás llegaría —exclamó Rodrigo con hastío, observando, mientras se frotaba las manos, a los estudiantes que iban rumbo a sus aulas.

Marcel le dio una calada a su cigarro mostrando una sonrisa torcida. Sí, todos parecían asquerosamente felices por comenzar el último puto semestre y para él solo era el recordatorio de que ya estaba a un paso de ir derecho a la tumba donde se sepultaría el resto de sus días.

¡Mierda!

Joel, el más alto de los tres, tomó un sorbo de su café, y negó en silencio.

—No sé qué puñeteras disfrutas. Estamos jodidos, Rodrigo. Ahora sí se acabó el pretexto de la inmadurez. —El aludido se encogió de hombros. Era ecuánime, sosegado y, aunque disfrutaba de los desmanes y fiestas, sabía lo que quería, hacia dónde iba.

—No necesariamente, Joel. Eres un puto amargado igual que este. —Le dio un empujón a Marcel, riendo—. No todo es ir de cama en cama, de antro en antro y terminar ahogado hasta el amanecer.

—¿Ah, no? Tú has de pasar la vida en el celibato y encerrado en tu casa —se burló Marcel con sarcasmo.

—¡Vete a la mierda! —rio Rodrigo—. Algún día comprenderás que saber lo que uno quiere, no es tan malo. —Su amigo rodó los ojos dándole otra calada.

¡Y un carajo, eso ya qué más daba!

Varios chicos más se unieron conforme trascurrían los minutos. Era simplemente imposible que todos ellos pasaran desapercibidos. Ni por su físico, ni por su seguridad, ni porque se hacían notar de alguna manera.

Aún no salía el sol, el frío a las casi siete de la mañana calaba los huesos por mucho que vivieran en Guadalajara y por mucho que ahí no se conociera la nieve. Pero a ese grupo de jóvenes parecía darles lo mismo estar ahí, afuera de sus aulas, la segunda semana de enero. Gritaban, bromeaban y sonreían sin importarles nada.

Tres chicas, como otras tantas, caminaron frente a ellos por el pasillo. Parecían nerviosas pues dejaban salir risitas y sus movimientos eran rápidos, algo extraviados. Evidentemente eran de nuevo ingreso y, por su pinta, no serían de las que en un par de semanas sabrían sus nombres.

De inmediato comenzaron los codazos burlones, ya que apresuraron el paso en cuanto pasaron frente a todos, y es que a cualquiera le hubiese intimidado ver esa cantidad de chicos parlotando y aventándose, diciendo groserías, mientras fumaban y hablaban tontería y media. Por no decir que era muy evidente que se trataba de veteranos, cuestión por la cual nada les importaba demasiado.

Una de ellas, un poco más delgada que las otras dos, tropezó justo frente a esos fanfarrones. Por lo mismo, las cosas que traía entre las manos cayeron y más de uno pensó que su rodilla había resultado lastimada. No obstante, fuera de ayudarla, dejaron salir sonoras carcajadas de burla que hubiesen herido el ego de cualquiera, pero en el caso de esa joven, arrancaron una lágrima que se apresuró a esconder. Se incorporó patosa. De inmediato una de las chicas se acercó, la ayudó a levantarse y, sin verlos, desaparecieron por el corredor.

Rodrigo chasqueó la lengua negando, mientras los demás se aventaban unos a otros en plena carcajada.

—¿Vieron eso? —soltó uno burlándose.

—Pobre, seguro es nueva —respondió otro que aún se reía. Marcel volcó los ojos. Rodrigo era el típico chico de sentimientos nobles; sin embargo, tenía cierta vena endiablada pues seguía juntándose con ellos.

—Y sus lentes no sirven para nada, eso sí que es estar jodido —reviró Marcel llenando de nuevo sus pulmones de humo como si fuera lo más obvio del mundo. Así era él: cínico, sarcástico, insufrible, con un físico favorecedor que sabía usar para su conveniencia cuando se le pegaba la gana, y, por si fuera poco, inteligente y sin problemas financieros. No era que los demás carecieran de esas aptitudes, pero como Marcel, ninguno de ellos, ni en lo bueno, ni en lo malo.

—Algún día estuvimos en su lugar, imbécil. —El aludido rio abiertamente.

—En tus putos sueños, yo cuando entré no lucía así... —Las bromas siguieron hasta que el maestro llegó y todos ingresaron al aula sin chistar.

La mañana pasó aburrida, monótona y llena de invitaciones para la noche. Así era siempre. Por lo mismo muchas horas más tarde Marcel terminó ebrio, llegando de puro milagro a su apartamento en la madrugada. Nadie le diría nada, no existía quién lo vigilara, mucho menos, lo retara.

—Creo que para variar tienes club de fans —expresó uno de sus amigos en la cafetería central del *campus*. Marcel torció la boca en una sonrisa seductora que jamás fallaba. Siguió la mirada de Lalo. En la esquina, unas chicas que debían ser de primero, lo veían con ademanes de soñadoras, pero no solo a él, sino a varios de los que ahí se hallaban.

Soltó la carcajada cínicamente, les guiñó un ojo y les aventó un beso con sorna.

Una joven, que hasta ese momento notó, levantó el rostro. Era la misma que resbaló frente a ellos hacía unos días. Sus mejillas se tiñeron de rojo y, pestañeando, acomodó sus gafas. No era fea, al contrario, aunque no se trataba de una mujer que lo atrajera en lo absoluto, no debía pasar de los 18, aunque si le decía que tenía 17, le creería. Cabello castaño recogido en una trenza desordenada, tez blanca, boca de corazón y naricita respingada. El color de ojos, ni idea... Sin embargo, lucía demasiado infantil, inmadura y aburrida, muy aburrida.

Elevó una comisura de la boca con pedantería, lo suyo no eran las niñitas con pinta de no matar una puta mosca, sino las de su edad en adelante. Eso de las rabieta y tarugadas del estilo lo hastiaban de inmediato. Por otro lado, la experiencia y sensualidad crecía con el pasar de los años y, a él, eso le fascinaba, nada como una chica atrevida, osada, que se aventurara con decisión.

Las miradas continuaron algunos recesos más durante la semana. Respondían todos de la misma manera y parecía que eso les agradaba, pues aunque tenían del tipo «intelectual» reían bobaliconamente. Bueno, no todas, por ejemplo, la que se sonrojó aquel día, vivía con la nariz clavada en un libro que no tenía idea de qué iba, pero que parecía mantenerla bastante intrigada porque ni pestañeaba debido a su interés en las letras.

El lunes llegó, otra vez. Odiaba ese puto día, pero no tenía de otra salvo pasarlo y rogar que el maldito viernes apareciera.

Efrén, hermano de su padre, ya le había marcado para felicitarlo por estar tan próximo a ser lo que todos esperaban. No le agradaba en lo absoluto recordarlo. Hacía años que se desentendió de eso y creyó que nunca llegaría el negro día en que tuviera frente a él su gris y opaco futuro. Se equivocó.

Iba maldiciendo entre los pasillos rumbo al estacionamiento cuando escuchó un quejido lastimoso proveniente de uno de los salones. Enseguida, voces masculinas que reían, gritaban y se burlaban. Con las manos dentro de los bolsillos del jeans se detuvo enarcando una ceja.

—No te hagas, cuatro ojos, con esa boquita seguro te sale estupendo, hasta te va a gustar... —¡Guou!, ¿hablaban de lo que creía? Esperó, no era partidario de meterse en problemas, regularmente los ignoraba, pero tampoco se iba ir de largo así nada más sin asegurarse de que no era lo que estaba pensando.

—Dame mis lentes... ¡Déjenme! Ya, por favor —rogó la vocecilla más tierna que hubiese escuchado.

—No, no, no. No has entendido; o nos haces los trabajos o sabrás lo que es dar placer a cuatro y al mismo tiempo. —Marcel abrió los ojos bufando de enojo. ¡¿Era en serio?! ¡¿Algo así de humillante estaba ocurriendo en ese puto plantel?! Prendió el celular, activó la cámara, acto seguido entró y grabó a los bastardos hijos de puta que acosaban a la chica, mientras esta permanecía pegada a la pared, supuso, porque no podía verle el rostro, aunque sí sus manos alzarse para intentar agarrar sus gafas.

—Bravo —y aplaudió cuando estuvo completamente seguro de tener las pruebas contra ese grupo de animales. Los acosadores giraron de inmediato, furiosos. Sus edades promediarían a lo sumo los 19, pero exhibían unos rostros de depravados haraganes que no podían esconder.

—¿Tú qué, imbécil? —dijo uno, mientras otro ocultaba por completo a la joven.

—¿Yo, qué? ¿Esa es buena pregunta? —Dos dieron un paso hacia él. Los miró de forma inescrutable. Hacía mucho que el miedo desapareció de su vida, pues cuando no se tiene nada que perder, nadie a quien amar, nada te puede lastimar—. No se muevan, idiotas. Resulta que el rector es mi

tío y, bueno, ahora mismo le está llegando el video... —Alzó el móvil, riendo con cinismo fingiendo mandar algo. Enseguida palidecieron.

—No es verdad, ¡y no te metas! —rugió un niño al que su cabello oscuro le tapaba casi todo los ojos.

—Bueno, si no me creen, lo harán en unos minutos que venga hacia acá para expulsarlos... —se cruzó de brazos arqueando una ceja, indolente. Entre ellos se miraron dudosos. De pronto, quien tapaba a la chica, se quitó. Notó algo desconcertado, un poco intrigado, que se trataba de la chica que vivía sumergida en el libro en la cafetería y.

Las lágrimas salían, mas no era llanto, se limpiaba las mejillas pestañeando, evidentemente nerviosa. Marcel mantuvo su expresión impávida.

Al pasar aquellos abusadores a su lado tomó uno por la camisa, el que estuvo bravuconeando. Lo levantó levemente y acercó el rostro de él al suyo, dejándolo pálido.

—Conozco gente que les encantaría mantener a tu asquerosa boquita bien ocupada, así que más vale no te vuelva a ver... Hijo de gran puta. —El chico asintió nervioso, sudoroso. Lo soltó y de inmediato salió corriendo.

En cuanto estuvo seguro de que se alejaron, guardó el móvil y giró. La joven ya se ponía los anteojos y recogía sus cosas. La observó desde su posición. Era demasiado delgada, aunque tenía lindo cabello, muy natural y una piel como porcelana.

—¿Tienes auto? —Se escuchó decir con tono amargo, sentía ácido en la garganta. Ella negó encarándolo. Su naricilla estaba enrojecida, y seguía limpiándose las mejillas con la manga de su suéter violeta—. Vamos, te llevo —con un ademán le indicó que lo siguiera.

—No... Yo...

Sí, demasiado tierna esa voz. Sacudió la cabeza, irritado.